Cuando Mon era MONSERRAT

Antes de ser Mon Laferte, Monserrat Bustamante cantaba en la calle y en bares de Viña del Mar esperando que la televisión la descubriera. Pero cuando lo hizo y llegó a *Rojo*, de TVN, entendió que en ese programa solo podría ser otra baladista romántica más y no la artista que ella quería ser. Por eso se fue a México a buscar su destino. Este es un recorrido por el camino que la llevó a esa decisión.

POR **ANDREW CHERNIN**

La noche del 22 de junio de 2007, Monserrat Bustamante dijo que se iba agradecida. Después de estar más de cuatro años en *Rojo*, el programa busca talentos para cantantes y bailarines de TVN, se iba a probar suerte como cantautora en México. La gala de esa jornada en el teatro Caupolicán, donde 4.500 personas gritaban por ella, sería la última: su despedida.

–¿Qué recuerdos te deja *Rojo*? –le preguntó el conductor, Rafael Araneda, sobre el escenario.

–Mi vida cambió antes de *Rojo* y después de *Rojo*. Yo era una mujer feliz, pero con problemas. Entrar al programa me cambió ciento por ciento en lo personal y como mujer. Me reencontré con mi padre, se solucionaron problemas de familia. Me llevo los mejores recuerdos.

Seis años más tarde, en una entrevista, Bustamante explicó cómo se sentía realmente: "Me molestaba que me preguntaran por *Rojo*, porque la verdad no lo pasé tan bien".

Esa noche en el Caupolicán, Araneda le pidió frente al público una cosa antes que cantara.

–No te olvides de nosotros.

Norma

María Teresa Airam y Luis Alberto Martínez cantaban boleros en la población Gómez Carreño para la campaña municipal en Viña del Mar de Rodrigo González en 1996, cuando la vieron: una niña de 13 años que llegó al escenario, conversó con el animador y le dijo que cantaba.

–El animador se acercó a nosotros y le dijimos que sí, que la subiera. La chiquilla cantaba canciones de *Nubeluz*, como el "Papi deja de fumar". Tenía dulzura, pero también harta personalidad. Se notaba que era ambiciosa en el escenario –recuerda Airam.

Esa niña era Monserrat Bustamante Laferte. No pasó mucho para que pasara a ser parte del grupo de artistas que animaban los actos del alcalde PPD que iba por la reelección. Siempre cantaba antes que Airam y su marido, y siempre se movía por los cerros de Viña con ellos en su Lada. En esos viajes conocieron su historia.

–Estaba como carente de cariño, de afecto –dice María Teresa Airam–. Era medio tirante la relación con la mamá, pero tenía una relación bonita con su abuela. Me acuerdo de que le gustaba que la presentáramos como Norma, que era el nombre de la abuela, porque no le gustaba su nombre en ese tiempo.

Monserrat Bustamante vivía con su madre, Myriam Laferte, y con su hermana menor, Solange. Su padre, el pintor Francisco Bustamante, dejó el hogar cuando ella tenía 6 años. Eso, contaría Monserrat años más tarde, cambió la dinámica de la casa: tuvo que salir a cantar por plata y eso significó que a pesar de haber crecido en un lugar donde lo que sonaba era Janis Joplin, no tuvo otra opción que partir con las cosas que estaban de moda y

"En ese tiempo era súper conocida en Chile. Tenía disco de oro, de platino, había estado en una película. Dentro de ese formato había tocado techo en Chile y no estaba conforme. Me dijo que no se sentía cómoda", recuerda Mariana Krumm, directora de *Rojo*.

sonando en las radios. Porque, en la calle, eso era lo que la gente quería escuchar.

Carlos y Juan Eduardo Pacheco también la conocieron durante la campaña municipal de 1996. Los hermanos eran un dúo de payasos callejeros que habían logrado cierta fama después de conseguir la gaviota de plata, como humoristas, en el Festival de Viña de 1993 bajo el nombre Los Pitusos.

–Le dijimos que era muy talentosa y veíamos que le pagaban poco –cuenta Carlos Pacheco–. Como 1.500 pesos por actuación. Yo le expliqué que podía conseguir que le pagaran más platita, porque el público enganchaba con ella. Era como la niña bonita cantando.

Carlos Pacheco tenía 21 años más que ella. Luego de las elecciones en que reeligieron a González, se convirtió en una suerte de figura paterna que comenzó a conseguirle presentaciones. A veces cantaba cumbias en la calle Valparaíso. A veces animaba shows infantiles con otras niñas de su edad. Varios años después, Bustamante recordaría las dificultades de esa etapa de su vida en la canción "Alma en pena", de 2015: *Estoy tan falta de cariño de años pasados/De niña queriendo, de grande odiando/Y prefiero hacerme la tonta para no verme tan sola*.

En una entrevista en *Las Últimas Noticias*, de 2004, contó que tampoco tuvo una pasada simple por el sistema escolar: "Me echaron tres veces del mismo colegio. La primera vez fue porque hacía mucho la cimarra. Me pillaron y me echaron. Pero como era un colegio de puros casos perdidos, me aceptaron de nuevo. Pero de nuevo me porté mal. Llegaba toda pintada cuando no se podía, y fumaba en el baño. Me echaron por segunda vez. Encima repetí. Pero me perdonaron de nuevo y volví. A la tercera iba por las mismas y me dijeron que tenía que terminar la enseñanza media en otra parte".

"La Monse no estaba ni ahí con ser la nueva Thalia. Musicalmente sus tendencias eran otras. Es frustrante cuando te perfilan para ser algo que no eres", opina su amigo Juan David Rodríguez. Las fotos son de su época en *Rojo*, junto a Rafael Araneda.

Los últimos tres años de educación media los tuvo que sacar en una escuela nocturna para adultos. Muchas veces, dice María Teresa Airam, pensó en dejar los estudios porque lo que realmente la llenaba era cantar en los bares del centro de Viña. En el Gato Luna, de calle Arlegui, interpretaba canciones de Myriam Hernández o de Thalía. También iba al Club Giacomo, de calle Villanelo. Manuel Cuevas, dueño del desaparecido local, dice que llegó porque Los Pitusos se presentaban ahí y la recomendaron. Pero ella no cobraba. Ni siquiera tenía tarifa, dice Cuevas. En Viña eran tan pocas las oportunidades que tenía para presentarse en locales establecidos que Monserrat Bustamante, a los 15 años, aceptaba un plato de comida y una bebida como pago por cada show.

–Ella te encantaba por su belleza, pero cuando cantaba te cambiaba la actitud hacia ella: la admirabas por lo lindo que cantaba y la belleza pasaba a segundo plano. Si era una niñita –explica Cuevas.

–Cualquiera se podía enamorar de ella –dice Pacheco–. Era encantadora, simpática, agraciada, tenía buen físico. Yo le tenía como meta llegar a la televisión.

A los 16 años, una década después de que su padre se fuera, Monserrat salió sola de la casa. Tomó sus cosas y se subió a un bus. Terminó en Antofagasta, tocando cerca del Mercado Central. Carlos Pacheco dice que ella le contó que en un minuto de ese viaje, se detuvo en La Serena porque sabía que ahí vivía su padre. Y que se reencontraron. Ningún miembro de la familia Bustamante Laferte quiso participar de este reportaje.

Cuando volvió, Monserrat se fue a vivir con su abuela Norma: una mujer que había cantado boleros y que le aconsejaba sobre cómo pararse en un escenario: ella fue quien realmente la crió. El problema era que Myriam Laferte no quería que su hija persiguiera una carrera artística. Esas fracturas familiares y una enfermedad que tuvo a su abuela internada en el hospital golpearon el ánimo de Monserrat. En varias entrevistas contó que en ese tiempo dejó de comer porque ya no sentía hambre.

La primera oportunidad en televisión le llegó a los 17 años. UCV tenía un programa veraniego llamado *Sube la marea*, donde invitaban a artistas nacionales. Fernando Gómez era el productor musical del espacio:

–Llegó un hombre a ofrecer a una joven. Decía que cantaba muy bien y pidió que le diéramos una oportunidad. Hicimos una pequeña audición y quedamos contentos. La voz impresionaba. Tenía mucha técnica, era muy bonita también. Cantó dos *covers* en el programa y me dejó sus datos. Cuando me fui a trabajar a *Rojo*, llamé al caballero para que la llevara al *casting*. Tenía que quedar porque era una artista que venía con algo dentro.

El día de la audición, a fines de 2002, Monserrat Bustamante llegó a las diez de la mañana a TVN. Se presentó y cantó "New York, New York", de Frank Sinatra.

–Fuimos en bus y yo la esperé afuera –dice Pacheco–. Le dije que tenía que contar que era una mujer sufrida, porque a las alegres no las eligen.

Jaime Román era el productor musical de TVN ese año y participó evaluando en el *casting*. Ese día, en el relato que Monserrat hizo de su vida, él encontró los ingredientes que buscaba para *Rojo*:

–Desgraciadamente, muchas veces el terror, el drama, la pena y el escándalo son el alimento de los grandes artistas.

Monse

Para cantar en *Rojo*, antes había que hablar. Contarlo todo en una entrevista con el equipo periodístico del programa. El contenido de esa sesión servía para armar "la ficha" de cada artista, que se guardaba en una carpeta y se usaba para sacar ideas para las historias de los participantes que se mostraban durante las transmisiones.

–Nosotros teníamos un lema: después de estas conversaciones nadie podía saber más de nuestra entrevistada que nosotros –dice Sebastián Saldaña, subeditor de *Rojo*–. Te tomaba unas dos horas. Le preguntábamos desde cuánto calzaba hasta sus grandes dolores.

–En su ficha estaba todo –agrega el editor, Roberto Apud–. La relación con su abuelita, algunos problemas con su mamá, el deseo de poder encontrarse con su papá y de no hacerlo porque a la mamá no le iba a parecer. Y sus ganas de independizarse.

En la fila del *casting*, Monserrat Bustamante conoció a Roberto Olea: un rockero de Maipú que inmediatamente le llamó la atención. Ambos formaron parte de la segunda generación de *Rojo*. Olea siempre andaba cerca de ella, por eso lo bautizaron como el "estampilla". En enero de 2003 comenzaron a pololear. No mucho más tarde ella se fue a vivir con él y sus padres a la Ciudad Satélite. El equipo periodístico se dio cuenta de eso y lo vio como una posibilidad de contenido perfecto para el público al que apuntaban: la dueña de casa que los sintonizaba de seis a ocho de la noche. En marzo, Olea le pidió pololeo durante la transmisión. Ella dijo que sí. Roberto Olea no quiso participar de este reportaje.

–La pedida de pololeo fue un poco para la tele. Ya estaban en algo, pero todo elemento televisivo sirve para calentar la pantalla –cuenta Jaime Davagnino, locutor de *Rojo*–. En este caso era hagamos del pololeo un evento que sirva para que la gente se enganche.

A pesar de esa relación, Monserrat Bustamante seguía falta de afecto. Un compañero del programa recuerda que una vez ella y Olea estaban en la estación de metro Los Leones. Ella pensaba que por estar en *Rojo* la gente la reconocería, pero nadie la saludaba. Y eso, dice esa fuente, la afectaba porque su autoestima necesitaba de esa popularidad no por la fama en sí, sino por recibir cariño, en cualquiera de las formas.

No mucho después, Sebastián Saldaña viajó a Viña buscando material para hacer una nota sobre ella. Llegó a Gómez Carreño y aprendió más de su vida: imitaba a Myriam Hernández, a Cecilia y había trabajado cantando en la calle con Carlos Pacheco, que ya no tenía contacto con la cantante.

–Cuando entró al *Rojo*, yo sufrí porque perdí a mi estrella en su mayor momento económico –agrega Pacheco–. Nunca gané plata trabajando con ella. Gané 10 lucas, 20 lucas. Esos eran los premios que le pagaban en los trabajos que le conseguía.

En Viña, Sebastián Saldaña también ahondó en la ausencia del padre:

–La mamá no quería ningún tipo de relación con el papá. Muchas veces la Monse quiso verlo y no la dejaban. Ahí apareció la idea de buscar al papá. Sería una linda nota, dijimos. Averiguamos que el papá vendía sus cuadros en el Jumbo de La Serena. Fuimos a buscarlo, sin que ella supiera, y lo trajimos.

En ese programa mostraron una nota donde Monserrat hablaba de Francisco Bustamante. Dijo que de niña lo único que quería era "verlo y abrazarlo", que sabía que él la veía cantar en televisión y que le gustaría mucho poder cantar para él. Rafael Araneda le pidió que lo llamara y el pintor apareció sujetando un ramo de flores. Y ahí Monserrat lloró y corrió y lo abrazó.

Las historias humanas de los participantes eran una de las características principales de *Rojo*. Esto dijo Monserrat en 2013, a *Alfombra roja*, sobre ese lado del programa: "Cuando uno no tiene educación musical, las opciones que te dan en tu ignorancia son estos programas que no te ofrecen lo que uno necesita como músico, sino que te explotan, exponen tu vida, te hacen llorar, hacen llorar a tu familia y te dejan como un estúpido".

La televisión en *Rojo*, que logró un *peak* de 53 puntos de *rating* en junio de 2003, parecía tener un poder incuestionable sobre las vidas y sueños de sus participantes. De hecho, explica la directora, Mariana Krumm, una vez Francisco Bustamante fue a su oficina diciendo que no le gustaba Roberto Olea para su hija y quería saber si ella podía hacer algo.

–Nosotros sabíamos en lo que estábamos –dice el cantante Juan David Rodríguez–. Era interesante que se enteraran de tu vida, de tus problemas, de tus esfuerzos. Pero con la Monse compartíamos la opinión de que abusaban de esa parte más emocional. El problema es que si no participabas, la gente no te conocía y no votaba por ti.

La chica de Rojo

Monserrat Bustamante nunca ganó en *Rojo*. Salió tercera en su generación detrás de Mario Guerrero y Miguel Garcés. En el *Gran Rojo* del año siguiente, perdió la final frente a Carolina Soto. Los tres siguen cantando baladas. En Chile siempre los presentan como los exparticipantes de *Rojo*.

DE ROJO A TORNASOL

2003
LA CHICA DE ROJO

2011
DESECHABLE

2013
TORNASOL

2015
MON LAFERTE VOL. 1

Su premio pareció llegar cuando Jaime Román, productor musical de TVN, le dijo que grabaría un disco gracias a la sociedad que el canal tenía con el sello Warner para distribuir la música de *Rojo*. Bustamante, para él, era el instrumento que necesitaba para llegar a un mercado que aún no había conseguido captar después de los lanzamientos de las rancheras infantiles de María José Quintanilla, el pop de Jimena Pereyra y las baladas románticas de Mario Guerrero.

–La cosa popular y masiva no la tenía ninguno de los artistas anteriores de *Rojo* y menos lo tenía la Daniela Castillo, que venía después, que representaba exactamente lo contrario –explica Jaime Román–. Buscábamos algo que podríamos llamar, entre comillas, la gente que le gusta la cumbia, la música bailable, más guachaca. Eso lo cubría perfectamente la Monse. Yo hablé con ella largo este asunto. No tuvo ningún problema en que buscáramos esa identificación.

Como primer sencillo, Román eligió una canción que había popularizado en el norte de México la intérprete texana Jennifer Peña un año antes. Se llamaba "Corazón bandido". La lista la completó con nueve *covers* más. También le puso nombre al disco. Luego de ver las fotos que le habían sacado en Valparaíso, con una blusa roja escotada y el pelo cobrizo, verbalizó el nombre que perseguiría a Bustamante durante sus primeros años y que, inconscientemente, jugaba con la propiedad que el programa tenía sobre ella. Jaime Román nombró al disco, *La chica de Rojo*.

Gaspar Domínguez estaba a cargo del catálogo local de artistas de Warner en ese tiempo. Dice que ese año, 2003, estaban en medio de la crisis final de la industria del disco. Casi no se hacían lanzamientos, pero con *Rojo* en un solo año de euforia se venderían 600 mil copias. Ese fue el momento en que Bustamante llegó a grabar al estudio. Ese contexto, también, ayuda a explicar cómo querían presentarla.

"El caso de la Monse demuestra las fallas que hay en la captación de talento en la industria discográfica chilena. Porque, en el fondo, por tratar de convertirla en 'La chica de Rojo', de hacerla calzar en otros moldes, se perdieron a Mon Laferte", dice Camila Méndez, cantante y amiga de Bustamante.

–Ella tenía un carácter más atrevido que Myriam Hernández –cuenta Domínguez–. En el fondo tenía cierta semejanza en ese momento con Thalía. Tenía una coquetería, era menudita, bailaba muy bien. Su repertorio, esto de la chica de *Rojo*, iba como un poco para allá.

El debut de Bustamante se grabó en septiembre de 2003. En los créditos dice que trabajaron 20 personas y de ella solo hay una foto. Vendió 30 mil unidades. Ese día, Rafael Araneda le preguntó si estaba emocionada. Bustamante le dijo que sí. Que desde chiquitita soñaba con grabar un disco y que sus canciones sonaran en la radio.

–La Monse no estaba ni ahí con ser la nueva Thalía –opina su amigo Juan David Rodríguez–. Musicalmente sus tendencias eran otras. Es frustrante cuando te perfilan para ser algo que no eres.

Los productores musicales de *Rojo*, ya en 2004 y 2005, se daban cuenta de que Bustamante quería hacer cosas distintas. Como por ejemplo, cantar las canciones que había comenzado a componer en su casa o con Roberto Olea, que ya no seguía en *Rojo*.

–La Monchi vivía sufriendo, porque muchas veces ella consideraba que le estaban cortando las alas. Que le pedían una metamorfosis que no iba con ella –confiesa Marcelo García–. Las canciones rockeras que llegaba cantando con su guitarra antes de los ensayos no tenían nada que ver con las que cantaba en el programa.

Alguien que la conoció bien durante esos años dice que Bustamante llegó a odiar "Corazón bandido". Se molestaba, con garabatos incluidos, las veces que tenía que cantarla.

El problema es que tenía que hacerlo. Participar en *Rojo* no daba un sueldo que pudiera cubrir todos los gastos. Pero esa pantalla daba la posibilidad de que a los cantantes los llamaran a eventos, tras el programa, donde podían cobrar más de un millón por actuación en el caso de los más populares. Y en esos eventos todos querían escuchar "Corazón bandido", mientras ella componía canciones para proponer en su segundo disco. Eduardo Cannestraci fue su representante esos años.

–A veces hacíamos como tres o cuatro shows por semana. Mi sensación era que de repente hubiera preferido quedarse en la casa. Pero tenía que hacerlos. Comía mal y dormía mucho, me acuerdo. En los aeropuertos, en los aviones. Hubo una época en que tuvo un problema de anemia. No era nada grave, pero se desmayó unas cuatro veces.

Los editores de *Rojo* hablaron con ella. Le dijeron que tenía que cuidar su salud. Les respondió que estaba agotada, que había perdido mucho peso y que se le estaban juntando muchos problemas. Uno de ellos, dice su exmanager, era el tema del segundo disco.

–En algún momento se habló y a ella no le gustó el repertorio, porque querían seguir la misma línea de balada romántica y a ella no le gustaba. Incluso el disco que grabó, que tuvo un par de éxitos, no la tenía conforme.

Después de eso, dice Jaime Román, Bustamante le mostró unas maquetas con las canciones en las que había estado trabajando y que quería meter en su segundo disco. Eran distintas.

–El problema no era que fuera bueno a malo el cambio que ella quería hacer. El problema era que este no era el programa para hacerlo. Piensa que el 95 por ciento de la música que se escuchaba en *Rojo*, y que se elegía para sus artistas, correspondía al segmento masivo de la radio, que es la música romántica tradicional. Esa fue la razón por la cual no se le dio el pase para hacer un proyecto súper riesgoso para ella y para el programa. Eso le provocó una especie de frustración y tuvo un cierto enojo conmigo. Supongo que pensó que yo me negué –explica Jaime Román.

–El caso de la Monse demuestra las fallas que hay en la captación de talento en la industria discográfica chilena. Porque en el fondo, por tratar de convertirla en "La chica de Rojo", de hacerla calzar en otros moldes, se perdieron a Mon Laferte –dice Camila Méndez, cantante y amiga de Bustamante.

En una entrevista en La Red, de 2013, Bustamante habló sobre Román. Dijo: "Nunca pude hacer lo que quería. Mil veces le llevé mis canciones y me decía que no". A un cercano, ella le dio otra versión de esa reunión. Le contó que Román le preguntó si quería que le lanzara el disco y después se lo tiró diciendo: "Esto no suena. Tienes que hacer hue… que suenen".

Román y Bustamante nunca volvieron a trabajar juntos. El productor, en 2013, sería condenado a cuatro años de libertad vigilada, en un juicio abreviado, por obtener servicios sexuales de menores de edad. En ese punto ya no estaba en TVN.

Mon

Esto, que cuenta Claudio Carrizo, productor musical de *Rojo*, pasó en La Serena. Fue en enero de 2006, cuando una versión veraniega del programa se transmitía desde la playa en El Faro.

–La Monse andaba pegada en esa época con la guitarra eléctrica. Me acuerdo de que tenía una de Hello Kitty y andaba con una pedalera, que es un dispositivo que sirve para alterar el sonido de la guitarra y darle efectos distintos. Quería usarla en su show allá. Pero en la prueba de sonido, el sistema falló. Se sentía mucho ruido y le dijeron que no podía ocuparla. Ella se taimó y se largó a caminar. De repente la vimos y estaba allá, en las dunas, como a dos kilómetros, pateando el suelo. Uno de los directores la tuvo que ir a buscar para conversar, traerla de vuelta y contenerla un poco. Ella estaba en conflicto consigo misma. Me lo decía.

> "Tenía que renovarse e irse para otro lado. Porque aquí, ¿qué iba a hacer? ¿Ir a eventos a cantar canciones desconocidas? Era difícil"

El episodio podía tener dos lecturas. O se trataba de una pataleta anecdótica o era la demostración desesperada de una artista que se sentía presa de una fama y de un éxito musical que no era el que quería. Y eso le daba razones para irse. De hecho, Monserrat Bustamante y Roberto Olea ya hablaban de hacerlo. Ella quería irse a Ciudad de México. Él, a Los Ángeles. Pero el musical basado en *Rojo*, que dirigió Nicolás Acuña y se estrenó en cines ese año, lograba frenarla. Eso creen varios productores del programa. Ahí Monserrat tuvo que transar nuevamente, entregar otra parte de su vida privada, porque en esa ficción, Bustamante hacía el papel de Belén Gutiérrez: una mujer que trabaja en una lavandería y que no se relaciona bien con su madre: un rol con el que podía empatizar.

–No hicimos personajes calcados de la vida de cada uno de ellos –explica Yusef Rumie, guionista de la película–. Pero sí nos fuimos inspirando en las experiencias de ellos que nos iba contando el equipo de producción.

De todos los integrantes de *Rojo* que participaron, ella recibió las mejores críticas de la prensa especializada. Y eso logró calmarla por un tiempo, mientras seguía trabajando en sus canciones. Pero llegó un momento en que incluso los invitados al programa le aconsejaban irse. En septiembre de 2006, la mexicana Yuri vino a Chile, la conoció y dijo que quedó encantada. En una entrevista en *Las Últimas Noticias* le mandó un recado: "Creo que ella está súper desperdiciada acá. Si viajara podría triunfar en el extranjero […]. Es tan talentosa que podría irle bien en México".

–En un momento, ella fue conmigo a hablar a la oficina y me dijo que se quería ir a México y que qué pensaba yo. La verdad es que por distintos motivos, lo mejor era que se fuera. En ese tiempo era súper conocida en Chile. Tenía disco de oro, de platino, había estado en la película. Dentro de ese formato había tocado techo en Chile y no estaba conforme. Me dijo que no se sentía cómoda, que tenía problemas personales –recuerda Mariana Krumm, directora de *Rojo*.

–Tenía que renovarse e irse para otro lado. Porque aquí, ¿qué iba a hacer? ¿Ir a eventos a cantar canciones desconocidas? Era difícil. Si la gente quería escuchar "Corazón bandido". ¿Se iba a poder cambiar el nombre aquí? No, pues. Por eso se va. Afuera era una desconocida. Afuera podía ser quien quisiera –dice Claudio Carrizo.

Roberto Olea viajó primero. Se fue al DF alrededor de abril de 2007 y encontró un departamento en la zona rosa. Un cercano suyo explica que Olea le decía a Monserrat que allá a los artistas salidos de un programa de televisión los veían como artistas desechables. Y ella no se sentía así.

"Me transformé en algo que no quise, cambié mi forma de ser y me convertí en la 'chica de la tele'; todos mis ideales los mandé a la mierda, me vendí. El último año estaba chata, por eso renuncié y me fui", le dijo Bustamante a Emol, en 2013.

El 22 de junio de 2007, vestida como una doble de Shakira, se despidió en el Caupolicán cantando "Corazón bandido". En julio viajó a México a iniciar una carrera como Mon Laferte que le consiguió nominaciones al Grammy Latino y la posibilidad de presentarse en el Festival de Viña del Mar 2017 con su disco *Mon Laferte: volumen 1*. Esta vez, en los créditos de las canciones solo hay una línea. Dice: "Producido por Mon Laferte y su banda". El equipo que maneja su carrera, tanto en Chile como en México, no alienta a que hable sobre su pasado en *Rojo* porque no suma "al posicionamiento que hemos logrado". Pero en la conferencia de prensa en Viña los medios lo hicieron. Quisieron saber por qué no hablaba de esa época. Ella contestó cantando a capela una de sus canciones nuevas.

Sobre el escenario de la Quinta Vergara recibió la gaviota de oro, de plata y el público incluso pidió la de platino.

Y no necesitó de "Corazón bandido". S